Sábado Santo

[[1]](#footnote-1)VÍA MATRIS: CAMINO DE RECUERDOS DE MARÍA

Rezamos acompañando a la Madre dolorosa de vuelta a su hogar, a través de siete episodios principales de la vía dolorosa de la madre de Jesús.

Es el camino que nuestra madre, la Virgen santísima recorrió de regreso desde el santo sepulcro hasta su casa, recordando el vía crucis, el camino de la cruz.

La primera estación de la Vía Matris se comienza por la última estación de la Vía Sacra, que representa el lugar del Santo Sepulcro; son siete.

V/ Por la señal de la santa cruz…

ACTO DE CONTRICIÓN

V/ Dolorosísima Madre, que acabados los tormentos de tu santísimo hijo, aumentaron las penas de tu martirizado corazón, viéndote sumergida en la más amarga soledad, me pesa haber sido la causa de que tu bendita alma se halle traspasada de tan agudas espadas. Perdóname, Reina de clemencia, pues te prometo no pecar más, ayudado de tu protección y amparo. Así mismo te suplico; me concedas fervor y lágrimas, para acompañarte en las siete estaciones dolorosas que hiciste desandando el camino de la Cruz, desde el Santo Sepulcro, hasta enterrarte en el cenáculo, para aliviar con mis suspiros, parte de las penas causadas con mis ingratitudes.

Espero de tu maternal piedad, el perdón y que aceptando este filial obsequio, me concedas ganar todas las indulgencias, que la Santa Iglesia, tiene concedidas a tan tierna devoción. Pues todo lo que por tu bondad hiciere de algún mérito, lo ofrezco en honra de tus acerbos dolores, en satisfacción de mis culpas, en sufragio de las almas del purgatorio, y por todas las demás necesidades espirituales y temporales, mías y de mis prójimos o como más agradable te fuere.

V/ PRIMERA ESTACIÓN (XIV)

LA SANTISIMA VIRGEN SE DESPIDE

DEL SANTO SEPULCRO

V/ Considera cómo después de haber llorado largo rato nuestra dolorosa Madre, sobre la losa del sepulcro, la soledad del monte y la oscuridad de la noche, y sobre todo, para cumplir la voluntad de Dios, se despide de su Hijo y del sepulcro que guarda su preciado tesoro, con las expresiones más tiernas, capaces de ablandar los corazones más insensibles. (Medítese un breve momento).

¡Ay Dios, Oh mi Salvador!

¡Ay querido de mi vida,

que si me vuelvo afligida,

contigo quede mi amor!

(Breve silencio)

V/ ¡Oh Madre solitaria y dolorosa, por las lágrimas que dejaste impresas sobre el sepulcro de tu amado Hijo, por los sentimientos de dolor en que prorrumpiste, al dejar la Vida entre los muertos, aumentado tu amargura y la consideración de los que habrían de recibirlo sacrílegamente en la Sagrada Comunión, te suplico Señora amabilísima, me alcances un corazón limpio, para que sea digno de su Santísimo Cuerpo. Amén.

V/ Pequé, Señora, me pesa, ten misericordia de mí

R/ Pecamos, Señora, nos pesa, ten misericordia de nosotros.

V/ Bendita y alabada sea la pasión y muerte de mi Redentor Jesús y los dolores y soledad

 de su santísima Madre, Señora Nuestra.

R/ Amén. (Ave María)

V/ SEGUNDA ESTACIÓN (XII)

LA SANTÍSIMA VIRGEN REGRESA POR

EL MONTE CALVARIO

V/ Considera cómo pasando nuestra desconsolada Señora por el Calvario, viendo el santo madero de la cruz teñido en la sangre de su Hijo, anegada en amarguras, lo bendice, lo abraza, lo adora, y tiene con él dolorosísimos coloquios. (Medítese un breve momento).

¡Yo te abrazo, oh Santa Cruz.

Te beso árbol sagrado,

por la virtud que te ha dado

el contacto de Jesús!...

(Breve silencio).

V/ ¡Oh soberana Virgen María, angustiadísima Reina, los dolorosos recuerdos de las trágicas escenas de la crucifixión y afrentosa muerte de tu amado Hijo Jesús, traspasaron tu alma, siendo para ti el más sangriento puñal, la insensibilidad de los hombres, en la consideración de tan augusto misterio. Te suplico, Madre mía dulcísima, me concedas un claro conocimiento del sacrificio de mi redención, y que conviertas mi corazón, para que con verdadero arrepentimiento merezca conseguir los eternos gozos de la gloria. Amén.

V/ Pequé, Señora, me pesa, ten misericordia de mí

R/ Pecamos, Señora, nos pesa, ten misericordia de nosotros.

V/ Bendita y alabada sea la pasión y muerte de mi Redentor Jesús y los dolores y soledad

 de su santísima Madre, Señora Nuestra.

R/ Amén. (Ave María)

V/ TERCERA ESTACIÓN (IX)

LA VIRGEN PASA POR LOS LUGARES

DE LAS TRES PRINCIPALES CAÍDAS DE JESÚS

V/ Considera alma mía, cómo bajando nuestra Señora de aquel monte de la mirra, abriéndole camino el rastro de la sangre de su Hijo y volviendo siempre amorosamente los ojos hacia el sepulcro, donde había dejado su corazón, juntamente con el blanco de sus deseos, llega a los lugares de sus tres principales caídas, y en cada una de ellas, siente un diluvio de penas, con el recuerdo de tan dolorosas tragedias… Pero lo que más atormenta su bendita alma, es el conocimiento de la gravedad y estragos del pecado, los funestos efectos de las recaídas en él, y las almas que habrían de perderse, malogrando el fruto de su redención. (Medítese un breve momento).

¡Rey de fortaleza inmensa,

qué flaqueza sentirías,

pues tantas veces caías,

con tal afrenta y vergüenza!

(Breve silencio)

 V/ ¡Oh desconsolada Madre! Mar anchuroso de penas, donde entraban como caudalosas corrientes, las angustias y dolores, cuando desandando el camino del calvario, llegas hasta los lugares de las tres principales caídas de tan amado Hijo! Te ruego me alcances firmeza en mis propósitos, para no recaer en la culpa, gracia para frecuentar continuamente el sacramento de la reconciliación y así merecer la salvación eterna. Amén.

V/ Pequé, Señora, me pesa, ten misericordia de mí

R/ Pecamos, Señora, nos pesa, ten misericordia de nosotros.

V/ Bendita y alabada sea la pasión y muerte de mi Redentor Jesús y los dolores y soledad

 de su santísima Madre, Señora Nuestra.

R/ Amén. (Ave María)

V/ CUARTA ESTACION (VIII)

LA SANTISÍMA VIRGEN ENTRA EN

LA CIUDAD DE JERUSALÉN

V/ Entra alma cristiana, con tu dolorosa Madre a la ciudad de Jerusalén, y escucha cómo tiene con ella, las más amorosas quejas, por la ingratitud de los hebreos, al no querer reconocer a su divino Hijo como verdadero Mesías. Pero lo que más le hiere, es el considerar, que al confesar los cristianos esta verdad, a pesar de haberle prometido en el bautismo renunciar al pecado, le volvieran a crucificar infinitas veces… (Medítese un breve momento).

Qué mal te hizo el Señor

¡Oh ciudad deicida!?

¿Cómo quitaste la vida,

a tu padre y creador?

(Breve silencio)

V/ ¡Oh afligidísima Reina de los cielos! que entrando en la ciudad de Jerusalén, padeciste las más acerbas penas, acordándote de la ceguedad de los judíos, y el claro conocimiento de que en el trascurso del tiempo, nosotros le crucificaríamos de nuevo, posponiéndole al barrabás del pecado. Virgen amabilísima, traspasa mi corazón con el santo temor de Dios, para que le sirva fielmente en esta Jerusalén militante y después sea conducido al regazo de la triunfante del cielo. Amén.

V/ Pequé, Señora, me pesa, ten misericordia de mí

R/ Pecamos, Señora, nos pesa, ten misericordia de nosotros.

V/ Bendita y alabada sea la pasión y muerte de mi Redentor Jesús y los dolores y soledad

 de su santísima Madre, Señora Nuestra.

R/ Amén. (Ave María)

V/ QUINTA ESTACIÓN (IV)

LA SANTÍSIMA VIRGEN EN EL LUGAR DEL ENCUENTRO

QUE HABÍA TENIDO CON SU HIJO EN LA CALLE DE LA AMARGURA

V/ Considera alma compasiva, cómo continuando nuestra tristísima Madre su camino, por el derrotero de la cruz y de la sangre de su divino Hijo, llega sin aliento al lugar del lastimoso encuentro que tuvo con Él, en la calle de la amargura; y mirándolo nuevamente con los ojos del espíritu, tan desfigurado, que solamente el amor y los vestido se lo hicieron conocer, queda sumergida en un abismo de congojas; pero lo que más hizo sufrir su tierno y sensibilísimo corazón, fue la vista de las muchas veces que habíamos de eclipsar en nuestras almas, la hermosura de la gracia, con el pecado… (Medítese un breve momento).

Aquí encontré a mi Jesús,

¡Ay de mí! ¡Oh qué amargura!

¡Cómo lo vi sin figura,

y abrumado con la cruz!.

(Breve silencio)

V/ ¡Oh afligidísima María! ¡Qué pecho no se conmoverá con la ternura de tu llanto! Por tus lágrimas, te suplico, Madre mía dulcísima, me tengas de tu santísima mano y me concedas morir mil veces, antes que tener la desgracia, de cometer un pecado mortal. Amén.

V/ Pequé, Señora, me pesa, ten misericordia de mí

R/ Pecamos, Señora, nos pesa, ten misericordia de nosotros.

V/ Bendita y alabada sea la pasión y muerte de mi Redentor Jesús y los dolores y soledad

 de su santísima Madre, Señora Nuestra.

R/ Amén. (Ave María)

V/ SEXTA ESTACION (I)

LA SANTISIMA VIRGEN ENTRA

EN CASA DE PILATOS

V/ Entra también en espíritu con tu atribulada Madre en el pretorio de Pilatos, y contempla cómo mirando la ensangrentada columna, a la cual fue amarrado su dulce Nazareno, y en la que recibió un diluvio de azotes, hasta desnudarle los huesos, anegándolo en su propia sangre… al recordar su desnudez… la corona de espinas, la caña y la despreciable púrpura, el lastimoso espectáculo del “ ecce homo” la sentencia inicua que contra Él se había fulminado y el modo tan afrentoso con que había salido con la cruz al hombro para el suplicio, siente nuestra afligidísima Señora renovar ese dolor tan profundo… Pero lo que más lastima su caritativa alma, es el conocimiento de los estragos que causa en el cuerpo y en el alma de los hombres, el abominable pecado de la lujuria. (Medítese un breve momento).

Después de ser azotado;

de aquí salió mi Jesús,

llevando en hombros la cruz

como ladrón pregonado.

(Breve silencio)

V/  ¡Oh Madre afligida, que en las alas de tu amor volaste desde el calvario hasta el pretorio de Pilatos, recordando compasiva la cruelísima pasión de tu Divino Hijo! Te ruego Virgen purísima, me escudes con tu intercesión, para no dejarme dominar del infame pecado de impureza, y para que después de haber imitado los hermosos ejemplos que tú me diste de tan santa virtud en la tierra, goce de tu belleza y hermosura en el cielo. Amén.

 V/ Pequé, Señora, me pesa, ten misericordia de mí

R/ Pecamos, Señora, nos pesa, ten misericordia de nosotros.

V/ Bendita y alabada sea la pasión y muerte de mi Redentor Jesús y los dolores y soledad

 de su santísima Madre, Señora Nuestra.

R/ Amén. (Ave María)

 V/   SEPTIMA ESTACIÓN

LA SANTISIMA VIRGEN SE ENCIERRA A

LLORAR EN SU SOLEDAD

(En el lugar donde esté reservado el Santísimo Sacramento)

V/ Encerrada nuestra angustiada Señora, en el cenáculo, pasa con su doliente comitiva, desde el viernes hasta el domingo, meditando los dolores y muerte, de su amado Hijo Jesús. Lleno su espíritu de tristísimas recuerdos, recorre con la imaginación todos los lugares en donde había padecido algún tormento, y mirando en ellos toda la serie de su dolorosa pasión, está muriendo de dolor. (Medítese un breve momento).

Llora, llora de dolor

casa antes afortunada,

pues quedas desamparada

del mejor habitador.

(Breve silencio)

 V/ ¡Oh Madre tristísima! que te encerraste en el cenáculo, para desahogar con amargo llanto los mares de angustia que aún estaban representados en tu corazón, por haber perdido la prenda más valiosa y querida de tu alma, sosteniéndote la fe y la esperanza en las promesas consoladoras de la triunfante resurrección, sin lo cual, hubieses muerto de tan acerbo dolor… infunde en mi alma, una continua memoria de los dolores de mi redentor y de los tuyos, para que después de haberlos meditado y llorado sin cesar, merezca disfrutar de los interminables contentos de la visión beatifica. Amén.

V/ Pequé, Señora, me pesa, ten misericordia de mí

R/ Pecamos, Señora, nos pesa, ten misericordia de nosotros.

V/ Bendita y alabada sea la pasión y muerte de mi Redentor Jesús y los dolores y soledad

 de su santísima Madre, Señora Nuestra.

R/ Amén. (Ave María)

V/ PÉSAME A LA SANTÍSIMA VIRGEN

V/ ¡Oh purísima y desconsolada Señora! ¡Qué compasión me causas! La sola memoria de tu amarga soledad, cubre mi espíritu de tristes imágenes y me llena de dolor. ¿Qué cristiano habrá de tan duras entrañas, a quien no conmuevan y enternezcan tus profundos dolores? ¿Qué pecho aún el más helado, no se conmoverá con tus sollozos?

 Aquí estoy a vuestros pies, para daros el pésame por la muerte de tu Hijo Jesús. ¡Cuánto se aumenta mi dolor, cuando considero que mis culpas, han sido los crueles puñales, que traspasaron tu bendita alma, por haber quitado con ellos la vida a nuestro liberalísimo creador! ¡Madre mía dulcísima, qué justos son tus sentimientos!

Llora, llora sin cesar mi ingratitud y la muerte de un Hijo tan bueno, tan santo y digno de ser amado, así mismo te ruego me concedas acompañarte contrito en tu triste soledad. Amén.

V/ Alabanzas y gracias…

1. Costumbrero de nuestra Congregación revisado y aprobado por nuestro capítulo General ordinario de 1.972. [↑](#footnote-ref-1)